

Miriam Cubas. *La aparición de la tecnología cerámica en la región cantábrica*, BAR International Series 2566, Oxford 2013. ISBN: 978 1 4073 1187 6. 152 pp.

A diferencia de lo ocurrido con el Mesolítico, en el norte peninsular apenas se desarrolló una investigación específica sobre los inicios del Neolítico hasta los años 1980. Y solo en la década posterior se documentó, de forma fehaciente, el empleo de técnicas artificiales de producción de alimentos en contextos datados en la primera parte del V milenio cal BC. Al tiempo, distintos yacimientos correspondientes a ese primer Neolítico, y otros contextos de más difícil atribución cultural, han ido revelando que las primeras cerámicas también pertenecen a ese tiempo de cambio.

Una fugaz revisión historiográfica del papel otorgado a estas manufacturas en el estudio de las primeras sociedades neolíticas de la región cantábrica nos lleva a remontarnos a los tiempos de los pioneros. Y vemos, por ejemplo, cómo Hugo Obermaier relacionó la supuesta presencia de cerámica en la última fase de los concheros asturienses con el inicio del Neolítico. No resulta sorprendente comprobar que el trasfondo tecnológico original del concepto de Neolítico se manifiesta con fuerza en las primeras décadas del s. XX. La referencia al pulimento de la piedra y a la cerámica, como elementos característicos del nuevo tiempo, resulta común en las publicaciones de entonces. No obstante, son también frecuentes las alusiones a la introducción de las especies domésticas; véase la reflexión del propio Obermaier (1916: 400) o la del Conde de la Vega del Sella (1927), entre otros ejemplos.

Pero la falta de precisión cronológica sobre la introducción de las nuevas prácticas económicas hasta hace apenas dos décadas, determinó que el criterio tecnológico continuase aún vigente en los años 1990. La discusión en esos años respecto al empleo de la cerámica como marcador cronológico del Neolítico da buena cuenta de lo comentado (Fano 2000). Solo recientemente, gracias a la obra que comentamos y a algunas otras contribuciones (Vega 2012), las primeras cerámicas de la región están comenzando a jugar un papel distinto, y sin duda más importante, en el estudio del proceso de cambio histórico que condujo, con el tiempo, al desarrollo de unas sociedades muy distintas.

De este modo, Miriam Cubas estudia las cerámicas del V milenio cal. BC desde una perspectiva bien diferente. Su estudio persigue obtener hechos sociales relevantes para una mejor com-

prensión de las primeras sociedades neolíticas del norte peninsular. Por tanto, el análisis de la cerámica no se concibe como un fin en sí mismo, sino como un medio para avanzar en nuestro conocimiento del proceso de neolitización. La autora estudia los materiales hallados en tres yacimientos en cueva, excavados en fechas relativamente recientes: Los Canes (Asturias), Los Gitanos (Cantabria) y Kobaederra (Bizkaia). Los dos últimos, en los que la cerámica aparece acompañada de domésticos, son yacimientos relevantes para el estudio del primer Neolítico en la región. El nivel con cerámica de Los Canes resulta más difícil de valorar, puesto que el contexto no ha proporcionado ningún indicio de la práctica de la agricultura y la ganadería (Arias 2013: 60).

La cerámica se estudia desde la perspectiva del principio de *secuencia de manufactura cerámica*, es decir, se analiza como resultado de un proceso tecnológico de elaboración. La búsqueda de esos hechos sociales a los que antes hacíamos referencia pasa, en primer lugar, por un análisis macroscópico del material, con atención a los rasgos tecnológicos, morfológicos y decorativos. En función de la variabilidad tecnológica observada, se llevó a cabo una selección de muestras para el análisis petrográfico mediante lámina delgada. Éste tuvo por objeto caracterizar los rasgos textuales y mineralógicos de las distintas muestras. De este modo, pudieron establecerse diferentes *grupos de manufactura*, con rasgos textuales y mineralógicos similares, que facilitan la identificación de diferentes procesos de elaboración en el seno de los conjuntos cerámicos estudiados. Una segunda selección de muestras estuvo destinada al análisis mineralógico, ahora mediante difracción de rayos X (DRX), y geoquímico, mediante espectroscopía de energía dispersa de rayos X acoplada a microscopio electrónico de barrido (MEB-EDS). En el caso de algunas muestras que suscitaban dudas respecto a su cocción, también se practicó el análisis térmico diferencial y termogravimétrico.

El material cerámico estudiado se caracteriza por su elevado índice de fragmentación. De hecho, durante la investigación cada uno de los fragmentos –655 en total– fue considerado como una unidad de análisis. Algunos de ellos no fueron estudiados con objeto de preservar los restos orgánicos adheridos que presentan. El alto índice

de fragmentación comentado determina que los rasgos morfológicos identificados resulten poco concluyentes, a pesar de que la autora agota los datos disponibles. La escasez de fragmentos decorados limita del mismo modo la posibilidad de caracterizar, a grandes rasgos, los conjuntos cerámicos analizados. Las observaciones de orden técnico realizadas a nivel macroscópico tampoco favorecen ese empeño.

En cambio, el estudio del material a nivel microscópico ha proporcionado una información ciertamente significativa, en especial en lo referido a la secuencia de manufactura de los recipientes. Las analíticas efectuadas han permitido caracterizar esas primeras actividades alfareras, y entre las interesantes observaciones realizadas cabe destacar al menos dos, por estar directamente relacionadas con el objetivo último de la investigación. En primer lugar, el empleo de bancos de arcilla próximos a los yacimientos parece descartar la hipótesis del intercambio, como modo de adquirir las primeras cerámicas por parte de las sociedades del norte peninsular. Las observaciones efectuadas abogan por una producción local, dado que las muestras cerámicas analizadas están en sintonía con el entorno geológico en el que se ubican los yacimientos arqueológicos estudiados. Más difícil resulta precisar si los lugares que hoy albergan los depósitos arqueológicos fueron también los contextos de producción de la cerámica. Y es por ello que, atinadamente, la autora ha evitado realizar cálculos de las distancias absolutas hasta los afloramientos de materia prima.

En segundo lugar, las manufacturas estudiadas revelan un cierto conocimiento tecnológico, y no parece tratarse de producciones improvisadas. Las pautas observadas en la elección de los desgrasantes y de la propia arcilla descartan una estrategia de aprovisionamiento casual. Al tiempo, la identificación de distintas secuencias de manufactura en los diferentes conjuntos cerámicos estudiados, empleando sedimentos arcillosos en estado natural o con alguna modificación intencional (desgrasante), da cuenta del bagaje tecnológico disponible, a pesar de tratarse de una producción a pequeña escala. Una vez descartada la procedencia exógena de la cerámica estudiada, la autora aboga por un proceso de transmisión tecnológica para explicar su aparición en el norte peninsular.

Así, desde su ámbito concreto de investigación, Miriam Cubas arroja un poco más de luz sobre el registro del V milenio cal BC, una realidad arqueológica compleja y diversa. En un

mismo tiempo, parecen convivir contextos sin innovación alguna respecto al pasado mesolítico y sitios en los que los domésticos ya están presentes. Incluso conocemos lugares a medio camino entre ambas realidades, como Los Canes, en los que se halló cerámica. Hay novedades, pero lo hasta ahora conocido parece abogar por un escenario de continuidad, y no tanto de ruptura, respecto a la etapa previa. De hecho, secuencias arqueológicas clave para el estudio de los inicios del Neolítico, como algunas de las valoradas en este trabajo, muestran la importancia de las prácticas económicas tradicionales, como la caza y el marisqueo, en contextos que ya incluyen domésticos. Las características de la primera alfarería —producciones locales a pequeña escala, con una limitada inversión de trabajo, y con un carácter eminentemente práctico— no desentonan en un escenario como el descrito, en el que las sociedades indígenas habrían sido protagonistas del proceso de cambio histórico.

De hecho, en la obra echamos en falta algo más de discusión respecto a la posibilidad de que la cerámica de Los Canes fuese elaborada por grupos de cazadores-recolectores; máxime cuando la autora invita, en los capítulos 1 y 9, a reflexionar sobre una asociación (cerámica/economía de producción) que no siempre se verifica (Jordan y Zvelebil 2009). En todo caso, y aunque en el libro se plantean hipótesis ajustadas a los datos disponibles, carecemos aún de información contrastada sobre el papel jugado por estos primeros recipientes cerámicos en sus respectivos contextos culturales. Al igual que ha ocurrido en otros espacios europeos (Cramp *et al.* 2014), deberán ser los análisis de residuos orgánicos contenidos en la cerámica los que nos informen al respecto. Conocer la función que tuvieron esos primeros vasos constituye una de las claves para seguir avanzando en el conocimiento del proceso de neolitización en general, y de sitios como Los Canes en particular.

En síntesis, la obra de Miriam Cubas supone un paso definitivo en la aplicación de un amplio conjunto de técnicas analíticas al estudio de las primeras cerámicas de la región cantábrica. Fruto de su rigor, tanto a nivel metodológico como teórico —aunque hubiésemos agradecido una definición más explícita del concepto de Neolítico manejado—, la autora aporta una información relevante para la comprensión de una etapa clave de la Prehistoria cantábrica. Cuando se disponga de estudios definitivos sobre los contextos de procedencia de las cerámicas analizadas, algunas

de las observaciones efectuadas – como las relativas a las diferencias registradas entre los subniveles de Los Gitanos en cuanto a las áreas de aprovisionamiento y a la modificación del sedimento – cobrarán un interés aún mayor. En algún caso, la información recabada sobre la cerámica facilita la interpretación de los contextos de procedencia, como ocurre con los niveles IV y III de Kobaederra en relación a la cronología. Además, el primer capítulo del libro nos proporciona una sintética puesta al día sobre el origen de la ce-

rámica, y los capítulos 3 y 4 colman cualquier anhelo de información actualizada sobre ceramología. El aparato gráfico que acompaña al texto es excelente y contribuye fielmente a la comprensión del mismo.

Miguel ÁNGEL FANO

Universidad de La Rioja
miguel-angel.fano@unirioja.es

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARIAS, P. (2013): Los últimos cazadores. El Mesolítico asturiano visto desde la cueva de Los Canes. *De neandertales a albiones: cuatro lugares esenciales de la Prehistoria en Asturias* (M.A. de Blas, ed.), Real Instituto de Estudios Asturianos, Oviedo: 37-67.
- CRAMP, L.J.E.; JONES, J.; SHERIDAN, A.; SMYTH, J.; WHELTON, H.; MULVILLE, J.; SHARPLES, N.; EVERSLED, R.P. (2014): Immediate replacement of fishing with dairying by the earliest farmers of the northeast Atlantic archipiélagos. *Proceedings of the Royal Society B*, 281: 20132372. <http://dx.doi.org/10.1098/rspb.2013.2372>.
- FANO, M.A. (2000): Después del Asturiense: ocho décadas de incertidumbre acerca del inicio del Neolítico en el Cantábrico occidental. *Veleia* 17: 9-29.
- JORDAN, P.; ZVELEBIL, M. (2009): *Ceramics before Farming: the origins and dispersal of pottery among hunter-gatherers of Northern Eurasia from 16000 BP*, University College London, London.
- OBERMAIER, H. (1916): *El Hombre Fósil*, Museo Nacional de Ciencias Naturales, Madrid.
- VEGA DEL SELLA, CONDE DE LA (1927): La industria asturiense y el ídolo prehistórico de Peña Tú. *Ibérica*, 683: 292-293.
- VEGA, C. (2012): The ceramics of El Mirón cave: production, morphology and discard. *El Mirón cave, Cantabrian Spain. The site and its holocene archaeological record* (L.G. Straus; M.R. González Morales, eds.), University of New Mexico Press, Albuquerque: 372-425.